

En Madrid, al mes. 4 rs.
Provincias, trimestre . . . 20 »
Semestre 38 »
Un año 70 »
Ultramar y Extranjero,
trimestre 60 »

En Madrid, oficinas de EL PUEBLO ESPAÑOL, Plaza de las Cortes, 8, bajo, derecha; y en Provincias, en las principales librerías.

Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Siguiendo la costumbre establecida mañana no se publicará EL PUEBLO ESPAÑOL.

CRONICA POLITICA.

De la condescendencia del Gobierno, de la complaciente actitud de la mayoría parlamentaria y de los discursos pronunciados en la sesión del lunes, resta solo, en testimonio de la gratitud de los ministeriales y como prueba de la entereza y de la habilidad de las oposiciones, una dimisión, la del primer vicepresidente del Congreso de los diputados. Tal es el resultado apreciable, y si podemos decirlo así, el único resultado positivo de aquella famosa y nunca bien ponderada sesión en que las minorías pudieron usar libremente de la palabra, y en que el Gobierno hubo de insistir una vez más en que el gobernador civil de Barcelona cumpliera maravillosamente con los deberes que su cargo y la gravedad de las circunstancias le imponen.

A pesar, pues, de las minorías, y no obstante el triunfo que se atribuyen, continuará el Sr. Aldecoa al frente del gobierno civil de Barcelona, sin que los términos del conflicto promovido puedan resolverse, antes al contrario, con la impunidad alcanzada, no será mucho que la cuestión adquiera proporciones más graves, y que la autoridad se permita mayores atentados.

De todos modos, bueno es que el país se persuada, ya que para las minorías parlamentarias no ha llegado la hora del arrepentimiento, de que el camino de las Cortes está completamente cerrado á toda pretensión de las oposiciones, si quiera sea justa y conveniente. Hemos llegado á situación de tal naturaleza que un gobernador de provincias tiene más fuerza y prestigio cerca del Gobierno que ochenta diputados de la nación. A esto se reduce en puridad la única enseñanza que se desprende de las sesiones á que nos referimos.

Pero lo extraño, lo verdaderamente censurable, es, que se insista en considerar que el Ministerio Cánovas, que la política de este Ministerio puede restablecer condiciones de legalidad para los partidos, de orden para la nación. Lo hemos dicho muchas veces, el Ministerio lo subordina todo á unos cuantos principios abstractos, que no se relacionan íntimamente con el espíritu de los tiempos actuales, ni con el estado actual de la sociedad española. De aquí que la legalidad proclamada por este Ministerio sea estrecha y exclusivista; de aquí que la política del Ministerio se traduzca por medio de la imposición; de aquí, que haya contradicción palpable entre los propósitos del Ministerio y todas las grandes conquistas de la Revolución de 1868. El

Ministerio Cánovas niega el sufragio universal, la libertad de cultos, la libertad de imprenta, el derecho de reunión y asociación. ¿Cómo, pues, ha de restablecer la legalidad á que todos aspiramos?

En cuanto á las Cortes, díganse si en estos tres años y después de tantas discusiones, han alcanzado las minorías algún resultado satisfactorio. La abstención de los constitucionales no fué parte á desautorizar los acuerdos de la mayoría. ¿Qué modificación ministerial ha determinado en ningún caso la actitud de las oposiciones? Y sucede esto, porque la institución parlamentaria no tiene vida propia en las circunstancias presentes, porque es una institución que se deriva de la política del Ministerio, y se encarna exclusivamente á los fines de la situación, y responde en primer término al espíritu y las tendencias del Gobierno establecido.

Para restablecer el alto sentido de la legalidad, se necesita de otros principios que los principios del Ministerio. Es inútil, por tanto, alimentar esperanzas que jamás podrán satisfacerse.

EL CAOS MORAL.

La sociedad no puede vivir en continuas convulsiones. El instinto social es tan seguro, que cuando llega una de esas épocas tristes en que la fuerza de los acontecimientos le obliga á optar entre la dictadura ó la anarquía opta siempre por la dictadura. La sociedad no es una aglomeración de individuos, es un ser real, individuo superior, con vida propia, con propias facultades.

Sumados todos los hombres no darían la fuerza colectiva, la vida multiforme, la inteligencia poderosa, el espíritu que, á manera del aire nose palpa en ninguna parte, y está en todas, y que se llama sociedad. Pero la sociedad no se funda en bases arbitrarias, ni vive de la voluntad de un solo hombre, tiene leyes racionales y eternas. Cuando un solo hombre representa la sociedad, sus hijos predilectos la maldicen, como Cervantes maldijo en su sátira inmortal la sociedad del siglo XVII, como Rousseau maldijo con su inmortal elocuencia la sociedad del siglo XVIII.

La sociedad vive produciendo y devorando sistemas, como vive produciendo y devorando individuos.

Cuando ha abandonado una ley de vida y no encuentra la nueva, trabaja, se agita, y suda esas gotas de sangre que se llaman días de revolución. Por eso, al morir un sistema social, es necesario sustituirle pronto con el nuevo sistema social, que será, indudablemente más progresivo. Y no es dable pensar en el antiguo, porque lo han destruido las mis-

mas fuerzas que lo han creado, y lo rechaza la misma inteligencia que lo formó. La sociedad moderna ha devorado el derecho divino en la vida política; la escolástica en la vida científica; el privilegio en la vida económica; la casta y su última transformación, que se llamó la aristocracia en la vida social. Pero estas varias formas de ser de una sociedad, no han muerto sino que nazcan otras nuevas, á manera que las generaciones no se despiden de la vida como olas que se retiran para siempre, sino dejando otras generaciones como olas que se renuevan. Y este nuevo ideal surge en un individuo, se plantea por la palabra hablada y escrita, se organiza en asociaciones, crece regado con el sudor y sangre, despierta grande oposición, que le es saludable, porque le obliga á purificarse, convierte los hombres-piedras, dormidos para la vida espiritual, en hombres dispuestos á morir por esa entelequia ininteligible para unos, diabólica para otros, que se llama nueva doctrina, y poco á poco se va apoderando del sentido común de los pueblos, se va convirtiendo en axioma para los mismos que lo creyeron error, y se eleva á ser la vida de la sociedad.

Cuando ha encontrado su ideal y lo realiza, la sociedad descansa como un cuerpo que se engarza en su centro de gravedad. Ahora bien: ¿Dónde está el partido que tiene la nueva fórmula social? ¿Cuál es? No creáis, partidos políticos, no creáis que tenemos la nécea arrogancia de negaros. Sabemos que no hay institución, ni hay partido, que al existir no tengarazon de su existencia. Sabemos que dada una idea, se da al mismo tiempo su contraria. Sabemos que un nuevo sistema social vive principalmente en su lucha con el opuesto, como los colores de un cuadro brillan principalmente por las sombras. ¿De qué le serviría á la luz negar la existencia de las tinieblas, al bien negar la existencia del mal, á la verdad negar la existencia del error, al progreso negar la existencia de la reacción? Así como el tiempo tendrá siempre tres términos, y la mecánica universal tres fuerzas, y el pensamiento tres formas; la sociedad, ese reflejo de la naturaleza y del espíritu, tendrá tres grandes partidos, de los cuales uno volverá los ojos con tristeza á lo pasado; otro se moverá y agitará en lo presente, y otro, alumbrado por la estrella de lo ideal, mensajero eterno de los progresos humanos, mártir y profeta, irá delante maldiciendo por los mismos á quienes salva y redime, abriendo con esfuerzo gigantesco camino á lo porvenir.

Nadie puede negar que nos encontramos en uno de esos períodos críticos de la historia en que las ideas cambian, y

as instituciones se renuevan, y los partidos se desorganizan, y hierve grande y extraordinaria confusión, y los enemigos se abrazan, y los hermanos se enemistan y los antiguos ideales se desvanecen. Para muchos obcecados significa esto la destrucción de la sociedad. Para nosotros significa el caos moral, que se repite en la historia siempre que amanece uno de esos nuevos días cuyos minutos son siglos. Para nosotros significa el florecimiento del espíritu humano al soplo de nuevas ideas.

EL REY QUE HEMOS PERDIDO.

No hemos de privar á nuestros lectores del curioso documento publicado por la mayor parte de nuestros colegas, en el que un pretendiente, cuya conducta y condiciones de carácter inspiraría el desprecio de las gentes honradas, si los torrentes de sangre por su causa vertidos, no despertara en todos los amantes de la patria la más justa y profunda indignación, aparece al desnudo y tal cual es, merced á la enemiga de un ex cabecilla, hoy cruel acusador de quien ayer fué complaciente y poco escrupuloso favorito.

Dice así la carta de Boet:

Á MI PARTIDO Y Á MI PAÍS.

He cubierto dos veces la retirada de don Carlos de Borbon: la primera cuando abandonó el Norte de España y se refugió en Francia; la segunda á orillas del Danubio en Tarnie-Margurele, cuando después de haber prometido al coronel rumano Petrovano que se batiría con él, no tuvo resolución para ello ni aún á instancias de una dama que le recordaba su palabra de honor empeñada. Que cubriera la retirada á D. Carlos de Borbon la primera vez en el Norte, lo dirán los testigos de nuestras luchas civiles; que la cubriera la segunda salvando la apariencia de su honor en el Danubio, puede atestiguarlo el acta que firmada por cuatro caballeros posee el coronel Petrovano y que tuve que arreglar con el Sr. Floresco. D. Carlos ha querido últimamente que le cubriese una tercera vez la retirada; pero dejando en ella mi honor. Esta vez, y cuando he agitado todos los miramientos que debía al Príncipe, á quien he servido, todos los sacrificios como hombre de partido, todas las consideraciones que me merece su respetable familia, cuyas vanas gestiones no han podido evitar el escándalo, cuando he consumido todos mis recursos, para salvar mi honor en el terreno privado, relevado de todo respeto humano, presa por culpa suya la persona más querida de mi familia, y vilipendiado mi nombre ante la opinión pública, tengo el derecho de ser inexorable. No cubriré más las retiradas de D. Carlos: esta vez soy yo quien corte la suya al fugitivo del Norte y del Danubio.

Al escapar D. Carlos de sus orillas, se encontraba, como hace tiempo, en deplorable estado de recursos, ya por su agitación y conspiración constante, ya por otros gastos menos justificables á los ojos de su partido y de su familia, habiendo contraído urgentísimas y sagradas deudas—no hablo de las que tenía conmigo—cuya existencia probarán bien pronto los tribunales de justicia. En esta situación, y no surtiendo efecto cuantas peticiones de dinero hacia constantemente, amonestado por los miembros de su familia por sus gastos muy en desproporción con sus recursos, concibió el proyecto á tiempo de alcanzar una de las joyas más ricas de la herencia del duque

FOLLETTIN.

35

EL VAGABUNDO

POR

ESTEBAN ENAULT Y LUIS JUDICIS

ojos. A seguida descendieron por una hondonada á la playa, que encontraron desierta por más que la recorrieron con la vista la marquesa y la aldeana. Ambas jóvenes bajaron del coche: la marquesa sujetó el caballo á una robusta encina que las olas y el viento habían respetado hasta entonces, y paseando de nuevo su vista por las orillas del mar, no dió con persona alguna.

—Dónde estarán? dijo con ansiedad á Marianita. Quizá hayamos llegado tarde.

—Ay! señora, mucho me lo temo.

—Qué hacemos? Dónde vamos?

—Ya lo he pensado: vamos á la choza de las rocas.

—Qué choza es esa?

—La habitación de Tiburcio.

—Es verdad, me ha hablado algunas veces de ella... Marianita, corramos, pues, hacia allá.

—Sí, señora, corramos.

—Y una y otra, instintivamente, penetraron por un laberinto de rocas esparcidas como otros tantos gigantescos restos. Era la parte

más quebrada de la costa: terreno accidentado, árido, salvaje. Solo el musgo y el hongo ostentaban sus copas de color verde blanquinoso sobre las sombrías masas de granito. La marquesa y Marianita, aunque resbalando y medio cayendo á cada paso, avanzaban rápidamente á través de las fragosidades del terreno. De repente vino á sobresaltarlas la detonación de una arma de fuego. Detuviéronse aterradas, desesperadas. Un profundo silencio siguió á esta detonación.

Fulberto se había levantado al amanecer, partiendo acompañado de su criado para la cita de Tiburcio, á cuyo adversario encontró á la orilla en compañía de un aldeano breton. Era el viejo Leguello, que la víspera, después de un corto sueño, y medio almorzado, se había vuelto á la cabaña de la higuera, desde donde, aprovechándose de una carreta en la misma tarde, se dirigió á la costa para devolverle á Tiburcio la cacerina. Había dormido en la cabaña de las rocas, después de haberse bebido el vino que le quedaba, y aguardaba el almuerzo prometido.

—Estais dispuesto, caballero? preguntó Fulberto desdeñosamente. Veo que habeis tomado vuestra escopeta; yo traigo la mía, porque mi intención es elegir esta arma que manejaís divinamente. Teneis testigo?

—Vedlo aquí respondió Tiburcio indicando á Leguello.

El viejo jacobino se enderezó altivo y dijo:

—Yo, Juan Leguello, por apodo Bonnet-Rouge, muy buen cirujano... para servirlo.

—Está bien. Yo me contento con mi criado. No quiero dar importancia á este duelo.

—Como gusteis, caballero, respondió el Vagabundo.

Leguello midió de pié á cabeza al testigo del vizconde, lacayo elegante, de fisonomía impertinente, y con trazas de maton.

—Venga e-a mano, valiente, le dijo; voy á presentaros una proposición: el testigo del vencido, pagará lo que quiera beber el del vencedor. Conviene?

—Yo no bebo nunca á la salud de los muertos, respondió el lacayo con tono frío y desdeñoso.

Mentecato! murmuró entre dientes Leguello encogido de hombros. Ya se conoce que no ha visto nunca los campos de batalla sembrados de miles de cadáveres. Hermosa vista por cierto!

—A qué aguardamos! replicó Fulberto que se entretenía scariciando la llave de su escopeta. Tomemos las distancias y terminemos.

—Nadie nos da prisa, caballero, dijo Tiburcio gravemente.

—Disponedme, me conviene á mí concluir pronto.

—Necesito hablaros antes de batirnos.

—Ah! Qué tenéis que decirme?

—Toda una historia.

—Pardiez! No he venido aquí á escuchar vuestros cuentos.

—Pero los escuchareis con la cortesía que conviene entre adversarios, de los cuales va uno á morir.

—Contad luego vuestros cuentos. Os repito que tengo prisa.

—Primeramente dignaos seguirme, caballero.

—Dónde? preguntó el vizconde con extrañeza.

—A poca distancia de aquí.

—Y para qué?

—Para que pueda yo enseñaros ciertos documentos que apoyarán mi historia... mis cuentos, según vos los llamais....

—Sea! marchemos, ya os sigo.

Tiburcio y Fulberto, Leguello y el ayuda de Cámara, éstos dos conduciendo por la trida á los caballos, llegaron muy pronto á una enserada profunda, rodeada de rocas colocadas en forma de anfiteatro. Una choza se respaldaba en una alta pared de la escarpada costa, en el sitio más seguro y más sombrío: esta era la choza de las rocas. Construida de tablas casi carcomidas por la acción del tiempo ó del aire húmedo, cubierta de balago roído por la acritud del aire salino, esta choza se asemejaba

